

consideraciones que uno de ellos, Picón-Salas, hiciera tratando de coger más a fondo el sentido de la controversia: «Si en la memorable polémica de 1842,—dice en un artículo publicado en Chile el año 1929—Sarmiento representa el nacionalismo argentino con su programa de urgencia inmediata, con su impetuosa voluntad étnica, en Bello estaban los intereses más históricos de la cultura, de la cultura como tradición y dominio común de todos los hombres. En Bello está la tentativa inicial de la cultura hispanoamericana. Contra los particularismos geográficos y psicológicos que ya nos separaban, Bello defiende el idioma como la esencia misma de la unidad y el pensamiento europeo sin cuya transfusión en nosotros, no podíamos crear ni ciencia, ni literatura». Demás está decir que compartimos el criterio del distinguido escritor venezolano.—M. A. V.

<https://doi.org/10.29393/At253-254-238SLLY10238>

SANTIAGO LITERARIO Y ARTÍSTICO, Ensayo de *Graciela Illanes Adaro*. (Prensas de la Universidad de Chile)

Santiago, esta poltrona y exuberante ciudad, que si no tuviese otros puntos de heráldica, los hallaría y muy legítimos, en sus cuatro siglos sobrados, ha venido siendo historiada, desmenuzada en todos los tonos, desde sus primeros años. Están en la memoria más infiel los acuciosos, abundantes, monumentales estudios de Alonso de Ovalle, Crescente Errázuriz, Vicuña Mackenna, Pérez Rcsales, Luis Amunátegui, etc., sobre esta displicente y robusta ciudad indoespañola, y en el tiempo actual no podemos olvidar los estudios de R. A. Latcham, Encina y tantos otros que recogen la vida pausada o animosa de lo que fuera el geométrico y mísero caserío ordenado por los alarifes del Capitán don Pedro de Valdivia.

La literatura ha sido, sin duda, el género más afortunado en cuanto toca a una expresión turgente de la ciudad humani-

zada, con sus dispersos y concertados fragmentos espirituales sus sorpresas pasionales, sus decisiones, sus frutos íntimos que habrían de imponer el acento, el carácter, la sutil expresión de su estructura vasta, dispersa y unísona. Ningún apasionado de la ciudad, ningún curioso quedaría satisfecho sin haber fijado sus ojos en las movidas y agudísimas páginas de Alberto Blest Gana, y acaso, en las episódicas y fantasistas de un Liborio Brieva o un Ramón Pacheco, en las cuales asoman y se desenvuelven aspectos apasionantes de la ciudad y de su peregrinaje en el tiempo implacable.

El ensayo, género literario que resume la madurez, el pulso rico de una cultura y que ya se ha forjado una nervadura propia, dentro de formas ágiles y penetrantes, ha intentado en muchas ocasiones una imagen del Santiago eterno, cogiendo aquí y allá hechos y acentos, perfiles y luces que ofrezcan al lector el ángulo humano, el interior cálido, la respiración supina de esta ciudad asentada entre dos cordilleras, sobre un lecho tan holgado y muelle, con holgura y mimo señoriales que no siempre se encuentran en la geografía de urbes más rancias y altivas que la nuestra.

Recordamos a tales intentos, a menudo felices, de la Historia minuciosa y numeral, de la novela, el cuento o el ensayo para desembocar en el libro de Graciela Illanes Adaro sobre el tema impresionante: «Santiago, legendario y artístico». En el prólogo, Graciela Illanes explica que, movida su curiosidad por las advertencias de muchos extranjeros hacia el espíritu legendario y tradicional que manifiesta Santiago, ha procurado evocar toda o gran parte del alma de esta ciudad peculiar. «Este estudio—apunta—, no es pues, un episodio aislado de la era colonial; es un cuadro mal bosquejado, pero fiel y curioso de sus momentos determinantes y de los rasgos y distintivos de arte que los matizaron».

Atenta a la ordenación histórica, la autora inicia su trabajo con la evocación de los primeros sucesos que dieron cabida en

el pasado a la hoy magnífica ciudad: la cabalgata curiosa y adusta, la sorpresa de los caminos, el hallazgo del valle soberbio y promisor, el Huelén... Luego se afianza el perfil de Valdivia sobre el fondo bravío de cordilleras y gente levantisca. De aquí adelante el espíritu de la autora se va adueñando de ese pasado, mejor dicho el pasado ejerce su hechizo en el alma de quien pretende penetrarlo airosamente: el caserío pobrísimo y sujeto a trazado toma cuerpo, gana contorno sensible, logra color y reflejos gratos, y un acento, un espíritu va brotando de los rincones, como el agua de la primaria vertiente. Espíritu de la tierra nueva, ya poseída y amasada por el hombre extraño que se familiariza. En la entraña misma de estas revelaciones cuaja un pueblo nuevo, cosecha de vida que arranca del triunfo y la derrota, de lo extraño y lo vernáculo. La ciudad va guardando los sudores de la contienda, y se levanta, musculada y severa, acogedora y noble, sin alardes ni redundancias.

Graciela Illanes en su inmersión histórica alcanza y pisa un espacio ya definido por otros estudiosos; señala aspectos y signos que fluyeron en su tiempo del ambiente respirado por algunos personajes decisivos. La autora no habla de la Quintrala, pero en la evocación del caserío santiaguino de 1600, vagan y se escurren insinuadas, sombras diabólicas, obsesionantes fragancias escapan de los viejos armarios y de los rincones. «A medida que nos compenetramos de esta vida real y tangible, las puertas, los balcones, las esquinas, los ábsides de las iglesias, las cruces sencillas de las torres, los ruidos de los pasos de los que existieron en otro tiempo, el cuchicheo de sus conversaciones, los velones de los retablos, el olor intenso del incienso, todo en fin, nos va sugestionando, desatando nuestra fantasía...».

Lo que continuamente toca la sensible pluma de la autora es el carácter religioso de la vida colonial y su relación estrecha y dominante con las otras escasas actividades de los primeros moradores de la ciudad. Evoca y determina las razones de esta preocupación, convertida ya en hábito, el hábito que aun hoy

registramos en buena parte de la vida chilena: la España nos trajo la civilización de la cruz y la espada y esta armonía imperativa debería transformarse con los siglos en una fórmula de soluciones universales. Que lo digan, sino los católicos de hoy.

Hay en el libro de Graciela Illanes, retazos que al mismo tiempo que conjugan en la ordenación general, abren líricos intermedios y dan un tono de cálida emoción al conjunto. Ha querido impregnar el panorama urbano con alientos celestiales y así, por ejemplo, se da a cantar a las campanas de Santiago en un día cualquiera. Sus palabras mueven a un ritmo las cuerdas en los campaniles y así la imagen colonial va inundando nuestro propio silencio; las páginas desaparecen, el tiempo es nuestro, más bien dicho nuestro espíritu encuentra su propio espectro y los muros tienen la presencia del viejo adobón. Las páginas en que nos da aquel aluvión de junio de 1783 son vivas, lacerantes.

Así van deshojándose los cuadros de aquel pasado que en el presente desafía a las liviandades del hombre, corporizado en esos atalayas de piedra y genio que son Santo Domingo, la Catedral, la Moneda y todas esas casonas que aún parecen invulnerables, dispersas y ya muy contadas, en el viejo Santiago, con sus patios empedrados en cuya perspectiva, las cancelas de forja arriñonada, defienden por espacio de siglos un pensamiento hecho emoción, mientras el perfil de alguna niña asomaba en una mancha de sol.—L. Y.

LOS GUSANOS, novela, por *Edmundo Concha*. Editorial Cultura, Santiago 1946

Con un prólogo de Alone, hombre agudo y experimentado en todo cuanto tiene que ver con asuntos literarios, Edmundo Concha se estrena en nuestro ambiente intelectual con una novela que para su edad es el anuncio y promesa de un excelente novelista. Pero el padrino no se apasiona por él. Hace considera-